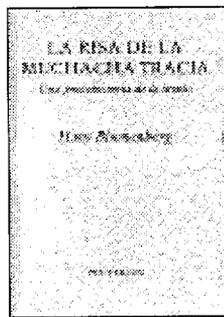


El libro de la risa y la teoría

Manuel Barrios Casares

Poco conocida aún en España, donde siguen sin traducirse títulos fundamentales como *La legitimidad de la modernidad*, *La génesis del mundo copernicano* o *Trabajo en el mito*, la obra de Hans Blumenberg (Lübeck, 1920-Altenbergen, 1996) constituye, sin embargo, una de las aportaciones más fértiles y brillantes del pensamiento alemán de las últimas décadas, y así viene siendo reconocida desde los más variados ámbitos de investigación especializada sobre la historia de las configuraciones simbólicas de la cultura. Fertilidad y brillantez las suyas, por lo demás, que no se circunscriben tan sólo a la originalidad de los temas abordados o al estilo pulcro y vivaz de su escritura, sino también al enfoque metodológico global que preside esta vasta producción intelectual, de trazado sinuoso y riqueza de datos, donde se pretende habilitar, mediante el estudio de la metáfora, un complemento decisivo a la tradicional historia de las ideas.



Hans Blumenberg
La risa de la muchacha tracia.
Una protohistoria de la teoría
 Valencia: Pre-textos, 2000. 216 pp.

Tras los conceptos

Con su apelación al poder de la metáfora para iluminar estratos arcaicos del proceso de comprensión teórica del mundo, Blumenberg aspira así a rebasar el estricto marco de la «historia conceptual» en que se inició su andadura intelectual. Fue, en efecto, en la revista *Archiv für Begriffsgeschichte*, órgano oficial de esta escuela impulsada por Erick Rothacker a partir de la década de los cincuenta, donde Blumenberg publicó en 1960 el artículo «Paradigmas para una metaforología», que anunciaba programáticamente un innovador desarrollo en el examen de la formación de los conceptos. Su punto de partida era la común inspiración posthegeliana de la escuela. Mientras para Hegel la historia efectiva del pensamiento y la cultura reduplica el despliegue lógico de la idea, para los autores de la *Begriffsgeschichte* los conceptos no se agotan en su contenido lógico, antes bien, modelan su sentido a partir de su rendimiento pragmático en diferentes contextos temporales; de manera que el objetivo de la indagación ha de concretarse en el análisis de

las funciones cambiantes del uso histórico de los conceptos, en especial, de aquellos que describen el proceso de consolidación de la cultura moderna. Es en este punto donde coinciden las dos figuras señeras de la Universidad de Münster, Hermann Lübbe y Hans Blumenberg.

Sin embargo, en su libro más emblemático, *Secularización. Historia de un concepto* (1965), Lübbe deslizaba una pretensión normativa que de hecho reintroducía el hegelianismo en la historia conceptual: para Lübbe, cuando el historiador constata el uso impropio de un concepto, debe intervenir corrigiéndolo, a fin de tornar el concepto practicable de nuevo. Blumenberg puso pronto reparos, no al intento consecuente de clarificar el sentido de un concepto por referencia a su contexto múltiple de aparición, pero sí al afán de normativizar una definición adecuada del mismo, fijada históricamente. De caer en semejante tentación de una vuelta al deseo último de univocidad es de lo que se ha apartado su obra, que puede considerarse por ello una continua profundización en esa «teoría de la inconceptuabilidad», según la cual la referencia del hombre a la realidad en la que se encuentra inmerso y que se le impone en su absolutez nunca es directa, transparente y unidireccional, sino plural y cambiante.

Modernidad y metáfora

258

Tal convicción la ha plasmado Blumenberg ante todo en dos frentes: por una parte, en una concepción de la modernidad que defiende su radical novedad frente al mundo medieval, su «legitimidad» y autonomía, criticando, frente a todo sustancialismo histórico, su caracterización en términos de mera secularización de la escatología cristiana (al modo de Karl Löwith, v.g.); y, por otra parte, en una concepción de la metáfora que distingue la puramente residual, concepto aún no formado, de la «metáfora absoluta», elemento básico del lenguaje en el que se expresa un significado irreductible a concepto. De ahí que la labor metaforológica no consista tanto en aclarar el sentido difuso oculto tras aquellas existencias residuales, cuanto en perseguir esas metáforas absolutas en las que de forma plástica y nunca definitiva se reformula incesantemente el insondable fondo de la existencia.

Exigencia inherente a este modo de entender la metáfora —que no reduce el mito al *logos*, sino los coordina en distintos niveles de elaboración simbólica del mundo de la vida— es la de no pretender determinar conceptualmente el significado de la misma. Por ello, Blumenberg se aplica más bien a seguir el recorrido histórico de una metáfora prolongándola en otras metáforas que la comentan, que ayudan a mostrar sus múltiples transformaciones, sin agotarla en un contenido literal.

El tropiezo del teórico

Así procede en el caso de *La risa de la muchacha tracia. Una protohistoria de la teoría*, el texto que ahora nos sirven, en versión castellana, Teresa Rocha e Isidoro Reguera. La imagen paradigmática del sabio distraído —un astrónomo— que, por mirar a la estrellas, cae en un pozo que le había pasado inadvertido y es objeto de las burlas de alguien que ha contemplado la escena aparece en una de las fábulas de Esopo. Platón la rescata en su diálogo *Teeteto* para ponerla en boca de Sócrates y aplicársela al filósofo Tales de Mileto, observado por su joven criada tracia, que se ríe de quien, ansioso por conocer las cosas del cielo, desatiende las que tiene ante sus pies. Desde entonces, la anécdota va ligada a la *theoría* —a esa actitud de contemplación reflexiva que por mejor atender a lo real parece desatenderlo en su inmediatez— como parte de su protohistoria.

Los Padres de comienzos de la era cristiana reprocharán al astrónomo no ver, más allá del firmamento, al Dios creador. Montaigne, en pleno apogeo de los moralistas, hará que la criada colabore activamente en el tropiezo del filósofo, para escarmiento escéptico de quienes se preocupan más de conocer el cielo que de conocerse a sí mismos. Voltaire defenderá al astrólogo del bárbaro insulto del espectador. Kant aplicará la historia a Tico Brahe para esbozar su crítica a esos metafísicos que pretenden saber de cosas ultrarremotas en vez de reconocer los límites del intelecto. En sus viajes por el mundo, Humboldt encarnará al científico observado con recelo por los nativos. Nietzsche será de quienes transvaloren la fábula para hacer de Tales, y no de la criada, el realista, que intenta expulsar al mito de la cultura griega y, al fracasar, se retira a sus noches de observación de las estrellas. Heidegger, en fin, para quien todo ser humano comparte a la postre la condición caída de Tales, empleará la anécdota para confrontar la ciencia a aquel pensamiento que no sirve esencialmente para nada y del que las sirvientas tracias se ríen necesariamente. Vuelve así con otro acento al sentido platónico del relato: «la misma burla vale para todos aquellos que se introducen en la filosofía».

259

¿Quién ríe el último?

De este modo, Blumenberg rastrea con fidelidad de transcriptor las diferentes versiones que de esta metáfora de la condición excéntrica del teórico se van ofreciendo a lo largo de la historia, evidenciando las diferentes mentalidades que la han interpretado de un modo u otro, sin pretender reducir sus variantes a un único sentido. Casi se diría así que en Blumenberg el defecto típico del docto universitario alemán —la falta de creatividad y su sustitución por una erudición sorprendente— se alza a virtud consciente-

mente elaborada, si no fuera porque en el curso de este muestrario también él insinúa de paso una enseñanza paradójica, derivada del hecho de que sean precisamente los destinatarios de la risa de la muchacha tracia quienes se empeñen una y otra vez en contar la historia: el gesto de extrañeza, de distancia irónica ante esa actitud de espectador del mundo no es mera anécdota ni algo apreciable tan sólo desde fuera de la posición del *theorós*: está en el origen mismo de la teoría, como elemento esencial de su modo de ilustrar nuestra estancia en el mundo y la rareza que acompaña, casi siempre inadvertidamente, hasta a los actos más triviales de nuestra vida, incluida la joven risa que se burla de un episodio más de la finitud constitutiva de lo humano.